

pleta independencia de la Iglesia, y la misma emancipación por medio de la separación recíproca entre el Estado y la Iglesia. La primera forma se apoya en los principios del materialismo, conforme á los cuales se considera al hombre como una de tantas producciones de la naturaleza á cuyo desarrollo y bienestar debe encontrarse todo subordinado, sin relación alguna con el alma, cuya existencia niega, ó la admite como simple potencia que contribuye con los sentidos materiales al perfeccionamiento del conjunto humano. En el orden público, esta teoría despoja á la Iglesia de sus derechos de preeminencia sobre el Estado y la supedita á la acción del poder civil, y á él la avasalla al extremo de hacer depender su existencia de un acto de mero beneplácito y subordinada á las leyes que sobre ella se quieran dictar, como si se tratara de una sociedad particular cualquiera; menos aún, pues ni como sociedad humana, sin relación á su divino origen y sobrenaturalismo, se reconoce á la Iglesia la plenitud de sus derechos, que le asegure existencia propia y vida independiente y libre dentro de lo justo y lo honesto, como á las demás sociedades á las cuales se les otorgan, en primer lugar, las franquicias

y condiciones indispensables para su constitución, desarrollo y progreso. Se quiere que todos los derechos estén incluidos en el derecho público, cuyo único legislador y juez sea el Estado, y en semejante situación es imposible la vida pública de la Iglesia.

La otra forma, la del concepto liberal moderado, que es la de la autonomía y completa independencia del Estado de la suprema autoridad de la Iglesia, como si se tratara de dos sociedades del todo libres y separadas entre sí en la esfera de sus respectivas atribuciones, y que sus partidarios expresan con la fórmula: "la Iglesia libre en el Estado libre", encuentra su razón de ser en los errores que infestan la sociedad actual, del naturalismo político, que si bien acepta al hombre como un compuesto de alma y cuerpo, quiere dividir este compuesto, indivisible por su propia esencia, sometiendo el cuerpo, á quien deberá el alma servir como instrumento, á la potestad pública, sin trascendencia al orden sobrenatural, y al alma la abandona á sus propios esfuerzos, la cual en sus manifestaciones, por medio del cuerpo, ha de vivir conforme á las leyes civiles, cuadren ó no á sus supremas aspiraciones y estén en con-

sonancia ó pugna con el derecho divino, que traza al hombre el camino recto é invariable para conducirse á Dios, para quien tiene sus primeros deberes, como principio del sér y de su vida, y término preconstituido de todas sus acciones. Así es que, por medio del naturalismo se llega á la ruptura más ó menos radical, entre la naturaleza y la gracia, entre la razón y la fe. "Esta actitud independiente y repulsiva, dice el ilustre monseñor Pie, de la naturaleza con respecto al orden sobrenatural y revelado, constituye propiamente la herejía del naturalismo; palabra consagrada por el lenguaje ya invariable tanto de la secta que profesa este sistema impío, cuanto de la autoridad de la Iglesia que le condena." Estos hombres, ha dicho la Iglesia por la boca del Pontífice, principal martir de la demagogía contemporánea, destruye por completo la necesaria cohesión que por voluntad de Dios existe entre el orden natural y el orden sobrenatural. De esta disolución de elementos esenciales en el ente humano, nacido por naturaleza y constituido para el sér de gracia, surgió en el mundo lo que se llama espíritu moderno, y que no es otro que el mismo espíritu de Satanás, que se agita sobre la tierra

y que, juzgándose herido en la dignidad de su condición nativa, encerróse como en una trinchera, en los derechos y en las exigencias del orden natural. "No quiso, ni adorar en un hombre la Magestad Divina, ni recibir en sí mismo ningún aumento de esplendor ni de felicidad derivados de aquesta humanidad deificada. Al misterio de la Encarnación, él objetó la creación; al acto libre de Dios opuso él su derecho personal; contra el estandarte de la gracia, él enarboló el pendón de la naturaleza." No siendo para los hombres que tienen la *altísima honra* de seguir al demonio en sus delirios y, lo peor de todo, en su rebelión contra Dios, la cuestión de religión positiva más que un asunto de libre elección, "el Estado, como asienta el insigne Prelado Ilmo. Señor Pie, con sólo que asegure á los ciudadanos pertenecientes á un determinado culto la libertad de seguirle, debe por su parte ejercer el sacerdocio del orden natural, y establecer la educación nacional, la enseñanza de las letras, de la historia, de la filosofía, de la moral, y en una palabra, toda la legislación social, sobre un fundamento neutro, ó más bien, sobre un fundamento común, y resolver así, fuera de todo elemento revelado, el

problema de la vida humana y del gobierno público. Esto es lo que la jerga del día llama Estado laico, sociedad secularizada, reservando la calificación de clerical para cualquier laico y seglar que no haya de ese modo renegado de su bautismo y apostatado de la Iglesia."

Finalmente, la forma de emancipación proclamada por los católicos liberales, de la separación recíproca entre la Iglesia y el Estado, es más capciosa, porque induce más á engaño, y es más perniciosa por cuanto es más malvada, profesándola hombres instruidos en las verdades religiosas y en el exacto sentido acerca de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, bajo el concepto netamente católico. Como católicos reconocen, cual verdades de fe, que el orden natural debe estar sometido al orden sobrenatural, la naturaleza á la gracia, la vida presente á la futura; en una palabra, el hombre á Dios, lo creado al Creador, por inquebrantables relaciones de naturaleza y gracia; lo finito respecto á lo infinito, lo temporal á lo eterno; lo contingente y mudable á lo imperecedero é inmutable. ¿Cómo pretender en su cualidad de liberales separar estas cosas que por naturaleza y esencia se encuentran íntimamente relacionadas y entre

seres que, como entre Dios y el hombre, hay indisolubles vínculos de dependencia y subordinación? Cometiendo una inconsecuencia á sus mismos principios religiosos. Si bien la Iglesia y el Estado son dos sociedades distintas, no debe entenderse que sean dos entidades diversas, á semejanza del compuesto humano que lo forma el cuerpo y el alma, y que, aunque el uno sea materia y la otra espíritu, no se pueden separar sin destruir al hombre; y así como el alma es superior al cuerpo por su mayor amplitud de destino y tendencias, esfera de acción y más nobles facultades y elevadas potencias, de la misma manera entre el Estado y la Iglesia en la diferente órbita de sus atribuciones. Siendo más elevado el peldaño á que en la escala de la perfectibilidad humana levanta la Iglesia á sus hijos fieles, queines á la vez son los más excelentes súbditos de Estado, sin perder éste su grandeza é interior independencía, aquella le supera en cuanto está en más alto grado constituida en el ordenamiento divino, no para limitado país sino para el universo entero; no para determinada raza sino para toda la especie humana; no para señalada época, sino para todos los siglos y todavía más allá para la eternidad, De

aquí es que por razones de origen, de medios y de fines, no es la Iglesia la que está dentro del Estado sino antes bien el Estado se encuentra dentro de la Iglesia, en ella vive y por ella subsiste y permanece.

Con toda justicia, pues, el catolicismo, que es la religión de la humanidad, reprueba la emancipación de la Iglesia y del Estado bajo cualesquiera de las tres formas que la enseña y predica el liberalismo; porque la de la supremacía del Estado se funda en la negación de Cristo, de la inmortalidad del alma, de la existencia misma de Dios; porque la de la independencia absoluta del Estado se funda en la negación de la unidad de Dios y admite un necio dualismo; y en fin, la de la separación entre el Estado y la Iglesia, insidiosa contradicción entre la teoría y la práctica, entre la idea y su ejecución, entre el principio y el modo de aplicarlo; porque está fundada en la disidencia que se pretende establecer entre el ordenamiento humano y el intento divino. Bajo cualesquiera de las tres formas que se considere la propuesta emancipación, no resiste el más ligero análisis que parta simplemente de las nociones de Iglesia y Estado, pues ni la una ni la otra se pueden con-

cebir siquiera con vida real y activa y efectiva sin mutuas y recíprocas relaciones que los entrelazan y ligan en su conexión con el hombre, sujeto de ambos y á cuya felicidad temporal y eterna deben simultáneamente contribuir y cooperar. Porque "el fin de la muchedumbre asociada—se explica el Angel de las Escuelas—es el vivir virtuosamente, pues que los hombres se unen en comunidad civil, á fin de obtener de ella protección para vivir bien, y el vivir bien para el hombre no es otra cosa que vivir según la virtud. Mas este fin no puede ser absolutamente el último; puesto que el hombre, atendida el alma inmortal, está destinado á la bienaventuranza eterna, y la sociedad instituida en provecho del hombre, no puede prescindir de aquello que es su bien supremo. No es, pues, el último fin de la asociación humana la vida virtuosa, sino el llegar por medio de una vida de virtudes á la felicidad sempiterna. Ahora bien; el que guía y conduce á la consecución de la bienaventuranza, no es otro que Jesucristo, el cual encomendó este cuidado acá en la tierra, no á los príncipes seculares, sino al Sacerdocio por Él instituido, y principalmente al sumo Sacerdote, á su Vicario el Romano Pontífice. Lue-

go al Sacerdocio cristiano y principalmente al Romano Pontífice, deben estar subordinados todos los gobernantes civiles, pues á aquel á quien corresponde el cuidado del fin último, deben estar subordinados aquellos á quienes pertenece el cuidado de los fines próximos é intermedios. "Pues, añade el ya citado por nosotros Obispo de Poitiers, privado de la luz y de la gracia de que Jesucristo es autor y dispensador, el hombre individual no posee ni practica las virtudes sobrenaturales, sin las cuales el hombre, ni está en gracia de Dios, ni adquiere ya los méritos que solos podrían asegurarle la felicidad y la gloria de la otra vida. El naturalismo es para los particulares el camino seguro del infierno. Y en cuanto á las sociedades, rechazando el yugo legítimo y glorioso de Aquel á quien el Padre celestial ha dado todas las naciones en herencia, vienen á ser presa de todas las ambiciones, de todas las codicias, de todos los caprichos de sus señores de un día; y pasando sin cesar de la rebelión á la servidumbre, de la licencia á la tiranía, no tardan mucho en perder con el honor y la libertad cristiana, todo honor y toda libertad".

Por tanto; la escuela liberal que proclama

por principio, defiende por sistema y enseña como doctrina la emancipación del Estado y de la Iglesia conculca los derechos de esta divina institución y perturba la concordia y la armonía sociales que deben reinar entre los súbditos del mismo Estado, y sin cuyo poderoso contingente, común y uniformemente regularizado, son imposibles la estabilidad y firmeza de las instituciones políticas.

VII.

Porque es evidente que el cristianismo ha de existir en estado social; ó lo que es lo mismo, ha de tener una existencia pública, como conviene á su naturaleza, sin que se hagan depender su vida y sus derechos de ninguna potestad humana, de ninguna sociedad civil que, por grande y poderosa que se la considere, no lo puede abarcar ni comprender. Religión de la humanidad, nació con el hombre antes de existir la sociedad; ha caminado con él al transcurso de los siglos y lo acompañará hasta los insondables misterios de la eternidad; siendo aquí abajo el medio de su justificación y allá

arriba la corona de su gloria ó el considerando de la sentencia irrevocable de su reprobación. El hombre es sociable en el orden religioso, como lo es en el orden natural; y, por lo tanto, así como es preciso que el cristianismo esté organizado socialmente para responder á las necesidades de esta sociabilidad, de igual manera toda limitación que se intente poner á su libre ejercicio, entre los ciudadanos que lo profesan, é impedir corresponda á los fines de su institución, es una violencia, es un abuso de fuerza, es un atentado de lesa conciencia y de lesa religión, á la vez que un atropello al hombre en los decantados derechos sobre las no menos fascinadoras libertades de enseñanza, de pensamiento, de conciencia, de asociación y de cultos.

“Nosotros, cristianos libertados por la Iglesia, exclama Lacordaire, no somos ni del siglo presente ni del siglo pasado, ni del siglo futuro: somos de la eternidad. No queremos someternos á la enseñanza de un siglo, ni de una nación, ni de un hombre; porque estas enseñanzas son falsas en el mero hecho de ser variables y contradictorias. Salvo cierto número de fenómenos confirmados por la experiencia, salvo algunos axiomas que son el fundamento

de la razón humana, y la distinción de lo justo y de lo injusto, ¿qué cosa hay sobre la tierra en que no esté discorde la enseñanza de los hombres? ¿Qué cosa hay que esta enseñanza no corrompa? Recorro asombrado los sitios en que el hombre enseña al hombre. ¿Dónde encontrar una boca que no contradiga á otra y no la convenza de error? Citaré á Londres, París, Berlín, Constantinopla, Pekín, ciudades célebres que gobiernan al mundo y le instruyen: ¿hay una sola entre ellas que no tenga sus opiniones, sus sistemas, sus costumbres, sus leyes, sus doctores de un día? ¿Quién será capaz de enumerar las opiniones humanas y erigir un panteón bastante extenso para darles á todas un altar y un sepulcro?”

La inestabilidad de las cosas en que se apoya el liberalismo, la versatilidad de las opiniones de los que lo profesan, la variabilidad incesante y sin concordia de sus enseñanzas y doctrinas, sistemas y principios, producen el racionalismo más radical, que mata en el alma la fe y todo sentimiento noble y de verdadera grandeza en el corazón. De la filosofía del liberalismo, que establece como único criterio de la verdad religiosa, la razón humana, independiente de la fe

y de la autoridad, son frutos suyos y sus naturales consecuencias, la indiferencia religiosa y el escepticismo en todo género de ideas del orden suprasensible y de toda verdad revelada, sin las cuales verdades é ideas, la inteligencia se envuelve de tinieblas, el corazón se sumerge en los tenebrosos abismos de la desolación, y toda el alma yace en el vacío espantoso de la duda y de la desesperación. Tristísimos ejemplos tendríamos que presentar, si nos propusiéramos, del lamentable estado á que ha hecho caer á sus adeptos más distinguidos esa filosofía arrogante, que se ha levantado contra la Iglesia y que con pérfida intención dice de sí misma: "Hija y heredera del cristianismo, soy llamada á sucederle, y enterrando con respeto sus antiguos dogmas, que han hecho hasta el día la dicha del género humano, pero que ya no son más que como pañales inútiles en mi estado de virilidad, emanciparé las inteligencias, y las haré entrar de lleno en el reino de la razón y de la verdad pura."

Positivamente; se emancipan las inteligencias, enseñándoles de que manera los dogmas se pierden; más arteramente se les oculta el cómo todo se pierde con ellos. He aquí un solo

ejemplo que nos bastará por todos; el que nos proporciona el desgraciado Mr. Jouffroy, quien de sí mismo habló con desgarradora voz salida de su tumba, en escrito póstumo, como si con la mayor solemnidad de la muerte hubiera querido hacer á los vivos extrañas revelaciones. Oídla ahora vosotros, libre-pensadores, que habéis obstinadamente continuado las enseñanzas que hicieron zozobrar esa grande alma en un profundo piélago, más obscuro y pavoroso que la sepultura que encierra los restos mortales de tan insigne maestro que, cual nuevo Diocres, enseña aún después de su muerte, aunque por esta vez la verdad salió por sus labios.

"Hijo de padres piadosos, y nacido á principios de este siglo en un país en que se profesaba la fe católica con toda pureza, habíame acostumbrado desde mis primeros años á mirar el provecho del hombre y el cuidado de su alma como la cosa más importante de mi vida; y todo el resto de mi educación había contribuido á formar en mí estas serias disposiciones. Por mucho tiempo las creencias del catolicismo habían dejado plenamente satisfechas todas las necesidades é inquietudes que despiertan en el alma disposiciones semejantes.

*“La Religión de mis padres respondía á las
“cuestiones que en mi concepto merecían ocupar
“la atención del hombre.*

“Yo creía en estas respuestas, y, gracias á
“esta creencia, la vida presente era para mí cla-
“ra y despejada; y en consecuencia, veía des-
“arrollarse, sin sombras, el porvenir que debe
“seguirla. Tranquilo acerca del camino que
“en este mundo me tocaba seguir; tranquilo
“acerca del término á que en el otro debía con-
“ducirme, comprendiendo la vida en sus dos fa-
“ses y la muerte que las une, comprendiéndome
“á mi mismo, conociendo los designios de Dios
“sobre mí, y amándole por la bondad de estos
“mismos designios, era feliz con esa felicidad
“que da la fe viva y cierta en una doctrina que
“RESUELVE TODAS LAS GRANDES CUESTIONES QUE
“INTERESAN AL HOMBRE.

“Mas atendida la época de mi venida al
“mundo, era imposible que semejante felicidad
“durase mucho tiempo; y llegó el día en que,
“desde el seno de ese tranquilo edificio de la
“Religión que me había cobijado al nacer, á
“cuya sombra había pasado mis primeros años,
“ví que el viento de la duda batía por todos la-

“dos sus paredes, y lo conmovía hasta los ci-
“mientos.

“Una vez puesta en duda la divinidad del
“cristianismo á los ojos de mi razón, ésta sintió
“que *todas sus convicciones* temblaban en sus
“cimientos. Mi inteligencia se resbaló por esta
“pendiente, y poco á poco se fué alejando de
“la fe

“Entonces conocí que dentro de mí mismo
“NADA HABIA QUEDADO EN PIE; QUE TODO LO
“QUE ANTERIORMENTE HABÍA CREÍDO DE MÍ MIS-
“MO, DE DIOS Y DE MI DESTINO EN ESTA VIDA Y
“EN LA OTRA, YA NO LO CREÍA; PORQUE EN EL
“MERO HECHO DE RECHAZAR LA AUTORIDAD QUE
“ME LO HABÍA HECHO CREER NO PODÍA YA AD-
“MITIRLO, Y LO RECHAZABA TAMBIÉN.

“Este momento fué horrible: me pareció
“sentir que ni primera vida, tan alegre y dicho-
“sa, se extinguía de repente, y que delante de
“mí se habría otra existencia sombría y estéril,
“donde iba en adelante á vivir solo, solo con mi
“fatal pensamiento, que acababa de confirmar-
“me en ella, y me sentía inclinado á maldecir.
“Los días que siguieron á este descubrimiento
“fueron los más tristes de mi vida. Es imposi-
“ble referir las distintas sensaciones de que me

“sentí agitado ; mi alma no podía acostumbrarse á un estado tan poco conforme á la humana debilidad; y por medio de violentos rodeos procuraba volver á descansar en la riberas que poco antes había abandonado”

“TODA LA FILOSOFÍA SE HALLABA EN UNA ESPECIE DE CALABOZO REDUCIDO Y SIN VENTILACIÓN, DONDE MI ALMA RECIENTEMENTE SE PARADA DEL CRISTIANISMO, SE AHOGABA; Y SIN embargo, la severidad de los maestros y el fervor de los discípulos me contenían de tal manera, que no me atrevía á manifestar mi sorpresa y el chasco que estaba sufriendo.”

“De este modo se pasaron para mí los dos primeros años de mi profesorado; y si se calculan los trabajos á que tuve que dedicarme, se conocerá fácilmente que no me dejaron ningún lugar para el examen de aquellas cuestiones generales á que al principio me había lamentado de no encontrar solución en las doctrinas que se me enseñaban VEÍAME LLAMADO A ENSEÑAR Á MI VEZ UNA CIENCIA CUYO OBJETO ME ERA ABSOLUTAMENTE DESCONOCIDO Debo añadir, sin embargo, en honor de la verdad, que el aplazamiento de aquellas cuestiones se me iba haciendo cada día menos

“penoso. Sin embargo, en el fondo de mi corazón todavía me sentía preocupado por ellas, enteramente preocupado, y á veces, pasando algunas horas de la noche en meditación asomado á una ventana, ó de día bajo las sombras de las Tullerías, sentía golpes interiores, enternecimientos repentinos que me traían á la memoria mis antiguas y perdidas creencias, la OBSCURIDAD, EL VACÍO EN MI ALMA Y EL PROYECTO SIEMPRE APLAZADO DE LLENARLO.”

Y este proyecto no llegó á realizarlo, y el vacío del alma y la obscuridad de la inteligencia los sintió todavía tres días antes de su muerte, cuando en un rato de expansión y confianza íntima con su párroco, Mr. Martín de Norlieu, le dijo: *¡Ay! señor cura, para nada aprovechan todos estos sistemas. ¡Cuántas mil veces más vale un solo buen acto de fe cristiana!* Apesar de estos llamamientos de la gracia, Jouffroy murió como había vivido, dice Pedro Leroux, escéptico y desolado.

De esta clase de hombres, dice el apóstol San Judas, *blasfemadores de las cosas sobrenaturales* que ignoran y quieren deliberadamente ignorar, *corrómpense en las cosas naturales que conocen por instinto animal*, más bien que por

la luz de la razón *Nubes sin agua que se agitan á merced de los vientos, de los vientos de las opiniones y de los vientos de las pasiones; árboles de otoño que echan flores incapaces de dar frutos; árboles doblemente muertos; esto es en cuanto á la vida de la fe y en cuanto á la vida de la razón; árboles desarraigados y destinados al fuego; estrellas errantes á las cuales aguarda para siempre negra y tenebrosa tempestad.* No podían ser más funestas y desastrosas, añadiremos nosotros, las doctrinas de aquella escuela que en su enseñanza prescinden de la exacta idea de Dios como principio y fuente de toda verdad y término de las acciones humanas en consonancia con el fin supremo del hombre.

Esto es, en realidad de verdad, lo que queda en claro: no hay remedio para la naturaleza fuera de Jesucristo.

“En cuanto á colocar de nuevo al hombre fuera de Jesucristo, terminaremos el presente artículo con estas notables palabras del precitado Ilmo. Sr. Obispo de Poitiers, para reconstituirle en un orden de pura naturaleza con un fin puramente natural, todos los esfuerzos del naturalismo no lograrán esto nunca.”

“No se cambiará en nada el designio primitivo del Omnipotente; sino que antes bien, el hombre de la pura naturaleza añadirá al pecado de origen, el pecado actual y personal, pues que cerrando los ojos á la revelación, y el corazón á la gracia divina, se hará culpable del más grande de todos los crímenes, que es el pecado de INFIDELIDAD.”

“Y entonces por justos juicios de Dios, no habiendo querido comprender el grado de honor á que era llamado, se rebajará á la condición de los seres irracionales y vendrá á ser por más de un capítulo semejante á ellos.”

“Es fuerza escoger de entre dos cosas una, dice el mártir San Ignacio: ó la ira eterna de Dios en la vida futura, ó su gracia en la vida presente: *Unum igitur e duobus; aut futura timenda est ira, aut presens diligenda est gratia* (San Agustín).”

VIII.

Mientras dura la vida presente la obra de la gracia, y, por consiguiente, de la Iglesia, es la de sacar á la criatura de este estado mundano,

restituyéndola á Jesucristo y por Jesucristo, á sus destinos bienaventurados. Y ciertamente; las dos se consagran interior y exteriormente á esta empresa con una constancia que nada detiene, con un amor que nada desconcierta. Mas si la naturaleza se mantiene rebelde contra todos los esfuerzos de la gracia y de la Iglesia; si no se deja ilustrar, libertar, redimir, restaurar por su acción sobrenatural; si permanece mundana, profana, terrestre, por esto sólo é independientemente de todo otro delito, es reo de la gracia y de la condenación divina. A considerar su estado presente y real, y no obstante la bondad permanente de sus elementos esenciales, la naturaleza es *pecado*. Háblase cuando se quiera de los derechos del hombre, hay dos entre ellos que no conviene olvidar nunca. El hombre trae consigo naciendo, el derecho á la muerte y á la privación del cielo. Solamente por Jesucristo puede conquistar el derecho á la resurrección y á la vida bienaventurada.

“Jesucristo, después de restaurado el hombre, envió sus apóstoles á restaurar los pueblos y las naciones, congregándolos en la unidad de la Iglesia y colocándolos bajo sus influencias sobrenaturales. Toda parte de la sociedad hu-

mana vino á ser de esta manera asegurada y conducida á más sublime grandeza. El matrimonio fué elevado á sacramento; el amor conyugal elevado á imagen del que existe entre Cristo y la Iglesia: LA PATERNIDAD ELEVADA Á MINISTERIO SAGRADO DE COOPERACIÓN CON DIOS PARA LA PROPAGACIÓN Y EDUCACIÓN DE LOS PREDESTINADOS Á LA GLORIA CELESTE. Las leyes quedaron imposibilitadas para degenerar en injusta opresión, merced al fundamento de los principios evangélicos, y su observancia se hizo más tolerante merced al precepto y á la sanción divinos. Los gobernantes quedaron, no ya como hombres dominadores de otros hombres, sino vicegerentes de Dios por lo que toca á la vida terrena y transitoria, y la obediencia de los súbditos no fué ya una humillante sumisión á un semejante suyo, sino una honrosa reverencia prestada al mismo Dios en sus representantes terrenos.”

“Los deberes están entre sí en la misma proporción en que están las relaciones á que corresponden: donde la relación es más íntima, es el deber más estrecho. Así, el deber que tenemos hacia nuestros padres es mayor que el que nos liga para con nuestros hermanos, porque

nuestra relación con los primeros es más estrecha que con los segundos. Ahora bien; entre todas la *más estrecha y universal es aquella que nos liga con Dios, autor primero y supremo de todo nuestro sér, y fin último de nuestra existencia.* El deber, pues, que nos incumbe para con El, es el máximo de nuestros deberes, y se expresa con el nombre de Religión. Este deber es, luego, el fundamento de todos los demás, porque quitada la sujeción á Dios, desaparece todo deber. ¿Y qué cosa habría capaz de dar fuerza obligatoria al dictamen de la razón, si no caminamos bajo el supuesto de un Dios criador y Señor que por ella nos habla y nos manda? La razón nos habla con autoridad, pero sólo en tanto que es anunciadora y prolongadora de la voluntad de un legislador á quien debemos y profesamos natural vasallaje. Escuchándola y reconociéndola como tal, nos sentimos obligados á seguir sus preceptos. De otro modo, no tendría ella derecho á nuestra obediencia puesto que como simple facultad no es otra cosa que una pertenencia y posesión nuestra, á la que en manera alguna se comprende que estamos sometidos. Nosotros tendríamos autoridad sobre ella, no ella sobre nosotros."

"Ahora bien, desatado el lazo que une al Estado con la Iglesia, y vueltas todas las cosas á la pura naturaleza, piérdense todos estos inestimables beneficios, el hombre individual, la familia, el Estado, obran ya con solas las fuerzas que encuentran en sí mismos; y qué cosa pueden por sí estas fuerzas, lo atestigua suficientemente el horrible estrago de la sociedad pagana [1].

¿A qué desligar dos cosas que se aunan admirablemente por disposición ordenadora del que es Autor tanto de la Iglesia como del Estado? Correspondiendo á fines idénticos, aunque con el empleo de medios diferentes y en distintas escalas, obrando al mismo tiempo, en los propios lugares y en los mismos individuos, la razón y la fe del Estado, no pueden sino en circunstancias anormales de completo desorden, ser diversas de la fe y la razón de la Iglesia.

"No sólo no puede existir jamás oposición alguna entre la fe y la razón, sino que una y otra se auxilian mutuamente, pues la recta razón demuestra los fundamentos de la fe, é ilustrada con la luz de ésta, cultiva la ciencia

+

(1) Liberatore.